

LOS CAMBIOS DE LOS SISTEMAS DE ABASTECIMIENTO EN EL CARIBE

DENISE DOUZANT ROSENFELD

INTERGEO, París
GRAL-IPEALT, Toulouse, Francia

SITUADAS en uno de los cruces más notables del mundo en la entrecara de América del Norte y América Latina, las cuatro islas-naciones que hemos seleccionado y en las que hemos investigado directamente los sistemas de comercialización pertenecen a las Antillas Mayores. Nos ha parecido interesante comparar por una parte la República Dominicana, Jamaica y Haití, cuya producción y comercialización son privadas, con diversos grados de capitalización, y por otra parte Cuba, única república socialista de América, aislada desde hace 30 años por el bloqueo y por un régimen militante, cuyo comercio está totalmente estatizado.

Situados en la misma zona geográfica tropical, esos cuatro países tienen, en efecto, un largo pasado común de colonización, de poblamiento, de hábitos alimentarios y de potencial agrícola. Por doquier las mejores tierras, en gran número, fueron acaparadas por los cultivos de exportación, y las importaciones de alimentos entran al relevo de la oferta, que se ha vuelto insuficiente, mientras la población urbana aumenta con gran rapidez. Estas economías abiertas dependen de un número relativamente ilimitado de productos o de minerales exportados. El desequilibrio de las balanzas comerciales se ha vuelto crónico después de un deterioro particularmente claro de las condiciones de cambio en el decenio de 1980. *En ese contexto de crisis*, la República Dominicana, Jamaica y Haití han recurrido a la dolorosa terapia del FMI, mientras que Cuba aún se beneficiaba de intercambios privilegiados con la URSS y el conjunto de los países del CAEM, hasta los recientes cambios ocurridos en la Europa del este.

Los acontecimientos de los últimos años —en particular los motines de 1984 en la República Dominicana y de 1985 en Jamaica— y el deterioro de la situación económica de esos países han demostrado que el abastecimiento de alimentos era revelador de una crisis profunda. Alimentar metrópolis de más de un millón de habitantes se ha vuelto un imperativo ineludible. Por tanto, desde el puesto de observación de las metrópolis-capitales vamos a examinar las mutaciones de los sistemas de abastecimiento.

LA CRISIS DEL ABASTECIMIENTO

El aumento de la demanda urbana

La dinámica de la urbanización metropolitana es bien conocida. La conjunción de un fuerte aumento demográfico y de migraciones campesinas incide en un aumento de la población urbana, sobre todo de los complejos metropolitanos. Las capitales, construidas según el modelo de la ciudad-puerto colonial, han concentrado la dinámica del desarrollo moderno. La falta de profundidad territorial no ha permitido en el siglo xx el establecimiento de polos secundarios que rivalicen con el polo principal o lo complementen. Vemos así que en la República Dominicana el Distrito Nacional, que incluye a Santo Domingo (dos millones de habitantes), representa 35% de la población total, y Santiago, la segunda ciudad, sólo tiene 480 000 habitantes. El fenómeno es más acentuado en Jamaica (área metropolitana de Kingston —700 000 habitantes y 35% de la población total—, en comparación con Montego Bay —70 000 habitantes—) y en Haití (aglomeración de Puerto Príncipe: un millón de habitantes, 18% de la población total, y Cabo Haitiano: 130 000 habitantes). En Cuba, la supremacía de La Habana (dos millones de habitantes y 20% de la población urbana) fue contrarrestada intencionalmente con la creación de una nueva red urbana cuyas ciudades, en particular las nuevas capitales de provincia, aumentan con más rapidez que la capital o la segunda ciudad tradicional, Santiago; de 400 000 habitantes. Así, la tasa de urbanización de Cuba (70%) es la más elevada de la región (58% en la República Dominicana, 51% en Jamaica y sólo 30% en Haití).

A este aumento cuantitativo se añade un aumento de la masa de los pobres urbanos al lado de los grupos de las capas medias y de altos ingresos. La diversidad de la demanda y de las costumbres alimentarias, como los gastos dedicados a la alimentación, están en estrecha relación con el lugar social y el nivel de los recursos. En el censo de 1981 se contaba en Santo Domingo una tercera parte de los habitantes entre los ingresos altos y medios. En la misma época, sólo 7% de los habitantes de Puerto Príncipe podían entrar en la misma categoría. En Kingston, 60% de las familias se encontraban bajo el umbral de la pobreza. Con excepción de Cuba, la brutal alza de los precios durante los años ochenta redujo en forma drástica —incluso para las capas intermedias, habituadas a beneficiarse hasta entonces de las ventajas del crecimiento— el poder adquisitivo, en tanto que se conjugó con una débil compensación salarial y, sobre todo, un nivel de subempleo y de desempleo enorme. Todos los datos disponibles muestran que la calidad de la alimentación de la gran mayoría de los habitantes de los tres países citados se ha degradado (menos proteínas y vitaminas), y que también se ha reducido el consumo por cabeza.

La modificación de los hábitos alimentarios

El modelo urbano predominante ha modificado muy sensiblemente la alimentación criolla. La dieta campesina antillana se basaba en gran parte en los víveres (tubérculos, raíces y plántana de plátano) y en los cereales tradicionales (maíz, sorgo). *El arroz se ha vuelto el cereal básico*, acompañado en el plato típico por chícharos, víveres, legumbres y, desde luego, carne. Hoy, los productos lácteos son considerados indispensables. Sobre todo el consumo del pan y de las pastas alimentarias, los bizcochos y las bebidas gaseosas se ha generalizado bajo la influencia de los países del norte (en particular, mediante la ayuda alimentaria), ya que estas islas no producen trigo. Conviene señalar la originalidad de Jamaica y de Cuba en esta evolución. En Jamaica, desde la época de la esclavitud, la harina de trigo y los pescados y carnes secas (saladas, en conserva y hoy congeladas), importadas primero de Inglaterra y hoy de América del Norte, son la base de la alimentación. En Cuba, el régimen ha desarrollado, para todos, el consumo del pescado y de los productos lácteos, en particular, en forma de yogures y de helados.

La crisis ha acelerado ciertas evoluciones. En la República Dominicana, las clases populares y hasta las capas intermedias han sustituido la carne de res y de cerdo con la carne de pollo y los huevos, menos caros comparativamente. Los pobres en Jamaica ya no consumen productos frescos: se alimentan de productos subsidiados: harina, azúcar, leche descremada, aceite de soya y ciertas piezas de pollo (*necks and backs*). En Haití, las proteínas animales y los productos frescos siguen siendo un lujo para algunos. A partir de 1986, el contrabando masivo de arroz ha sustituido en parte al maíz, molido artesanalmente para el consumo urbano.

En Cuba, la composición de las comidas sigue regida, no por los ingresos (salvo en el mercado negro), sino por los productos subsidiados y garantizados para todos, que se encuentran en el racionamiento, a pesar de que desde finales de los años setenta, el número de alimentos no racionados ha aumentado considerablemente (el mercado paralelo al del Estado representa 17% del comercio alimentario). Entre los productos "liberados" los más importantes son los alimentos básicos como el pan, los huevos, el pescado y las pastas. En la actualidad, la ración mensual de la *libreta* comprende arroz, azúcar, leche condensada y carne cada nueve días; manteca de cerdo, aceite, una pequeña cantidad de café y de cigarrillos. Pero muchos cubanos se alimentan, a bajo precio, en los comedores de los lugares de estudio y de trabajo.

Producciones insuficientes

Los agricultores locales se han adaptado a esas nuevas exigencias. Tal es el caso de la avicultura y de la cría porcina en instalaciones industriales alrededor de las ciudades. El cultivo del tomate y de otras verduras pri-

marías (pepinos, ajos), de la papa y de ciertas legumbres se ha extendido en esos terrenos especializados. La cría lechera se ha vuelto una verdadera prioridad en Cuba. Aunque también desarrollada en la República Dominicana, la cría criolla sufre ahí por la enorme competencia de la leche en polvo importada a bajo precio. Por el contrario, la producción de los *viveres* y de los cereales tradicionales, cuya demanda sigue siendo fuerte, no ha seguido el ritmo de crecimiento de la población. Se encuentra en competencia directa con las nuevas exportaciones “no tradicionales” de cítricos, frutas, legumbres verdes, etc., para las cuales esos países gozarían de “ventajas comparativas” en los mercados de los países del norte.

En la República Dominicana la agricultura, potencialmente autosuficiente, entró en crisis por razones a la vez estructurales y de coyuntura. El binomio latifundio-minifundio se ha agrandado más. Ahora bien, son los pequeños productores (81% de los agricultores, 12% de la superficie) y los productores intermedios (16%) los que producen para el mercado interior. El alza de los costos de los insumos importados reduce los rendimientos y aparta de la producción a muchos campesinos y capitales. Hasta el cultivo del arroz, gran beneficiario de la revolución verde (la producción se duplicó entre 1974 y 1984) y auspiciado por los poderes públicos, ha sido afectado. Desde 1985, las cifras de las producciones de *viveres* se estancan o bajan. Pero el potencial productivo sigue siendo muy grande.

Éste no es ya el caso de Haití. Ese país de campesinos no alimenta ya a su población. La evolución de los productos alimentarios que, sin embargo, han sustituido a los cultivos de renta es totalmente negativa. La tierra, sobreexplotada, parcelada y erosionada, ya no es ahí un útil de producción que se deba proteger y mantener, sino un medio de supervivencia, con el cual los campesinos haitianos siguen haciendo milagros. La ayuda extranjera se orientó hacia el apoyo alimentario en detrimento de el prestado al desarrollo. En Jamaica la agricultura ha sido abandonada: desde finales del siglo XIX, los cultivos de exportación y los alimentarios entraron en crisis. También aquí, son los pequeños productores los que trabajan para el mercado interno.

La agricultura cubana presenta características diferentes pero no escapa a las grandes evoluciones señaladas. Las *granjas del pueblo* (antiguos latifundios no fragmentados), que brotaron de las reformas agrarias de 1959 y de 1963, constituyen el sector del Estado y ocupan 90% de la superficie agrícola. Los pequeños productores privados (explotaciones inferiores a 67 hectáreas) han sido agrupados, en parte, en Cooperativas de Producción Agrícola (CPA); desempeñan un papel importante en la producción global (23% en 1985), principalmente en la de *viveres*. Por el contrario, la cría bovina —34% de la superficie agrícola útil—, el cultivo del arroz, el de los cítricos, recién desarrollado, los cultivos industriales —la caña de azúcar sigue ocupando 50% de la SAU— y una gran parte de los cultivos alimentarios se deben a grandes explotaciones que recurren periódicamente a la mano de obra de la juventud escolarizada

y a las brigadas de voluntarios de las ciudades. Si globalmente la producción no azucarera ha aumentado 50% en los últimos 15 años (sobre todo para los productos de la cría y los cítricos), los déficit siguen siendo muy sensibles en *viandas* (tubérculos, en particular el *taro*, raíces, plantaína de plátano), en chícharo, arroz y productos primarios.

Importaciones alimentarias estructurales

Después del decenio de 1970 una nueva variante ha sido introducida con la posibilidad de importar grandes cantidades de alimentos. Se trata, desde luego, de una puesta en entredicho del equilibrio antes establecido sobre una población menos numerosa y rural: aparte de las catástrofes naturales, esos pequeños países no habían pasado por graves dificultades para alimentarse. Hoy, las importaciones se convierten en un hecho estructural: aparte de los productos nuevos adoptados en masa (trigo, aceite de soya, leche en polvo, conservas y otros productos elaborados), son los alimentos antes cultivados en el lugar los que hoy llegan del exterior: el maíz para la cría porcina y avícola, los cuerpos grasos, el arroz, etc. Los gobiernos, y no sólo el de Cuba donde el comercio exterior está estatizado, intervienen en ese sector sumamente estratégico (organismo de Estado JCTC en Jamaica; INESPRES en la República Dominicana) para controlar cantidades y precios a menudo más bajos en el mercado mundial que los productos locales. La ayuda alimentaria (ley PL 480 norteamericana, Canadá, CEE) también se ha vuelto estructural en Jamaica, en la República Dominicana y sobre todo en Haití, el país que más asistencia recibe.

La adaptabilidad de las redes de comercialización

Se pueden distinguir tres grandes sectores en la comercialización alimentaria de los países antillanos. El sector llamado tradicional o no moderno reposa sobre pequeños campesinos de medios escasos; aparte de su función comercial, recibe a los nuevos ciudadanos pobres que multiplican los "empleos informales" en la distribución. El sector capitalista o moderno, administrado por empresas privadas y asociaciones de comerciantes, controla los transportes, la transformación alimentaria y las cadenas de supermercados. Por último, el sector de intervención pública, con instituciones creadas por el Estado. La crisis ha sacudido esas redes, pero estos últimos han mostrado gran capacidad de adaptación.

Del campo a la ciudad: los flujos de productos alimentarios

El sector público tiene el monopolio del comercio en Cuba. La experiencia de los mercados libres campesinos a comienzos de los ochenta, que había tenido el mérito de aumentar sensiblemente la disponibilidad y la

calidad de los productos frescos o raros pero a precios muy elevados (enriquecimiento de los campesinos y de los intermediarios, corrupción), rápidamente fue contenida; entonces el Estado cubano creó su propio mercado paralelo al sistema del racionamiento, a menudo con precios altos. Así, la colecta en la granja fue organizada por oficinas públicas especializadas en productos que tenían, cada uno, sus redes de transporte, de almacenamiento y de distribución, como CUBAZÚCAR para el azúcar, CUBA TABACO para el tabaco, etc. En lo tocante a los productos alimentarios, se trata de ACOPIO y en los últimos años de FRUTAS SELECTAS (a menudo hay confusión entre los dos, al nivel de la colecta). En torno de esas dos empresas se encuentran los problemas más graves: burocracia creciente que hace cada vez más lenta la disponibilidad de los productos frescos, grandes pérdidas tras la cosecha por falta de transporte o maltrato en el camino, almacenamiento deficiente que produce mala calidad de los productos, etc. Esas empresas regulan el flujo hacia los diferentes destinatarios: fábricas agroalimentarias, mercados de exportación, "alimentación colectiva" (restaurantes, refectorios) y por último alimentación "privada" (racionada y libre). Ellas también comercializan las importaciones, mediante diversas actividades que se efectúan bajo el control debido.

En la República Dominicana los tres sectores están representados, pero hoy el que predomina claramente es el sector capitalista: 54% según el informe de la CEPAL en 1984, contra 28% del comercio tradicional y 18% del organismo estatal INESPRES, creado en 1969 para distribuir en el país el excedente norteamericano de trigo, maíz y soya, siguiendo la ley PL 480. El sector público desempeña un papel considerable: controla las importaciones, subsidia los precios de ciertos productos y favorece las ventas populares y el programa llamado de la canasta familiar para los más desprovistos. Sin embargo, el monopolio del INESPRES, que se ha convertido en un organismo enorme y corrupto, disminuyó con la política liberal de Balaguer desde 1986. El sector moderno, que comprende a los camioneros, las empresas de importación-exportación, lo agroalimentario y la gran distribución, se ha caracterizado por una concentración rápida: la falta de divisas y el encarecimiento del costo del petróleo han exigido unas inversiones sólidas.

En Haití, por lo contrario, es el sector tradicional el que sigue ocupando el primer lugar. La permanencia de una mayoría rural, el bajo nivel de vida y la parcelación de la oferta han contribuido a modelar un sistema notablemente adaptado a un medio económico difícil. El sistema de comercialización de los *viveres* es sustentado por los *madan sara*, comerciantes itinerantes, que llevan los productos desde la granja o los mercados locales en los transportes colectivos hasta los mercados urbanos. Los mercados son los lugares centrales en que se desarrollan las transacciones (rodeadas de *depósitos*). El Estado nunca ha creado una institución para controlar los *viveres* o sus precios. El sector capitalista moderno sigue limitado a la importación-exportación y a algunos supermercados.

Jamaica ocupa una posición intermedia. Comparte con Haití la fuerza del sector tradicional de colecta y de distribución de los *viveres* y el papel decisivo en los mercados públicos, por las mismas razones estructurales de organización de la producción agrícola (parcelación, escasos volúmenes); las mujeres *higglers*, como los *madan sara* haitianos, operan con poco capital y escasos márgenes de beneficio. Pero el volumen de las importaciones, el de las agroindustrias, la demanda de las capas urbanas más diversificadas y del turismo han desarrollado un sector capitalista dinámico que abarca las mismas actividades que en la República Dominicana. Puede observarse una simbiosis entre los dos sistemas: la multiplicación de los supermercados no ha causado una menor frecuentación de los mercados públicos. Las *higglers* también aprovisionan los supermercados. Como en la República Dominicana, el Estado controla las importaciones, subsidia los productos básicos utilizando los bajos precios de los alimentos importados o donados, pero se ha apartado de la comercialización directa: la dependencia pública AMC, creada desde 1963, fue suprimida en 1981, tras la caída del gobierno de Manley: entre una oferta rígida y parcelada y unos grandes gastos de funcionamiento, nunca había podido captar más de 20% del mercado local.

LA DIVERSIDAD DE LAS FORMAS DE DISTRIBUCIÓN URBANA

El sector tradicional administra los *mercados públicos*. Cada gran ciudad posee su mercado de mayoreo, punto de llegada y de redistribución de los productos. Desbordando su cuadro inicial, congestionado, ese mercado central es el barómetro del crecimiento urbano. A pesar de las condiciones de higiene y de sobrepoblación deplorables, funciona, como prueba de la formidable capacidad de adaptación del sistema tradicional. El vientre de la capital dominicana, el Mercado Nuevo, donde 30 000 personas y 8 000 camiones transitan cada día, no ha visto realizarse ninguno de los proyectos de renovación. El mercado de la Croix des Bossales en Puerto Príncipe, inmensa colmena hiperactiva, se desarrolla en la marisma costera. Por contraste, las autoridades de Kingston desde hace varios años están llevando a cabo un proyecto de renovación de la zona de los mercados de la capital. En Cuba han desaparecido los mercados tradicionales. Sus instalaciones se han vuelto a abrir en los últimos años para el *mercado paralelo*.

Los mercados públicos, tiendas y otros expendios especializados, los comercios cercanos del sector tradicional, tejen la densa red de distribución de la venta al menudeo fija tradicional. Los puntos de venta se han desarrollado al ritmo de la creación de los nuevos barrios y de la densificación de los viejos. La venta informal de alimentos, incluyendo comidas en la calle, que tradicionalmente prolifera en las aceras urbanas y en las zonas comerciales, se ha intensificado con la crisis (fenómeno de los *mercados espontáneos*) y se ha reforzado con el aumento de vendedores

ambulantes, como los *tricicleros* en Santo Domingo, que llevan frutas y legumbres de temporada a las mujeres de las capas intermedias, o bien los revendedores en *pushcart* de leche y bebidas refrigeradas en envase de cartón, por las calles de Kingston. La crisis también ha multiplicado los vendedores ilegales de fritangas. La proliferación de los puntos de venta se explica por la necesidad de abastecer a una clientela cuyo ingreso a menudo es obtenido cada día, aunque es más probable que su aumento se deba más a las oportunidades de empleo que ofrece el comercio callejero.

Los supermercados de todos tamaños y los centros comerciales son la respuesta del sector capitalista moderno a la clientela de los consumidores urbanos que pueden pagar al contado, a menudo están motorizados y disponen de refrigeradores. También empiezan a llegar a las clases populares, pero su expansión sigue fundamentalmente relacionada con la de los ingresos fijos. Su multiplicación es sensible en Kingston y en Santo Domingo. En esta última ciudad, la crisis de energéticos, que se manifestó por frecuentes cortes de la corriente eléctrica, es una de las causas de la desaparición de las *supérettes* que no tenían los medios de adquirir una fuente de energía. En cambio, nacen nuevos espacios de venta de productos perecederos sin refrigeración pero adaptados al poder de adquisición de las clases populares. Por último, los restaurantes del tipo *fast food* también han aparecido, así como variedades locales que concuerdan con los gustos y el poder adquisitivo de los asalariados locales.

El Estado en la República Dominicana interviene en la distribución, por intermediación de las ventas populares del INESPRES, de los mercados de productores en que los propios campesinos venden, de las *ferias* agrícolas, pero sus volúmenes son escasos. Dispone de pocos medios para luchar contra el contrabando que puede crear penurias localizadas (en particular de productos subsidiados, como el azúcar, el arroz, las pastas y la harina) en favor de los haitianos del país vecino. En Haití, los alimentos introducidos de contrabando compiten con los productos locales; los gobiernos no intervienen, pues los pobres se alimentan así a menor costo. Pero los campesinos se ven aún más castigados. En los tres países antes citados, los efectos de la crisis sobre el abastecimiento urbano son, como hemos visto, importantes, y los más pobres, por falta de dinero, tienen grandes dificultades para alimentarse.

El caso de Cuba* es distinto una vez más. Desde los primeros años de la revolución ya no hay comercios privados. Las galerías comerciales

* Denise Donzant continúa sus trabajos sobre una sociedad que ha sido profundamente transformada desde la redacción de este artículo. La suspensión de los intercambios con el antiguo bloque soviético ha puesto a Cuba, de hecho, ante un "bloqueo doble", de consecuencias tanto mayores cuanto que el sector agrícola y la organización del abastecimiento dependían de una división del trabajo estricta en el seno del COMECON. La suspensión de las importaciones alimentarias (por ejemplo, cereales y papas) ha causado una severa ruptura en el abasto: ramas esenciales (desde luego, el azúcar, pero también los productos cítricos) han sido brutalmente privadas de mercados exteriores; otras, estratégicas para el

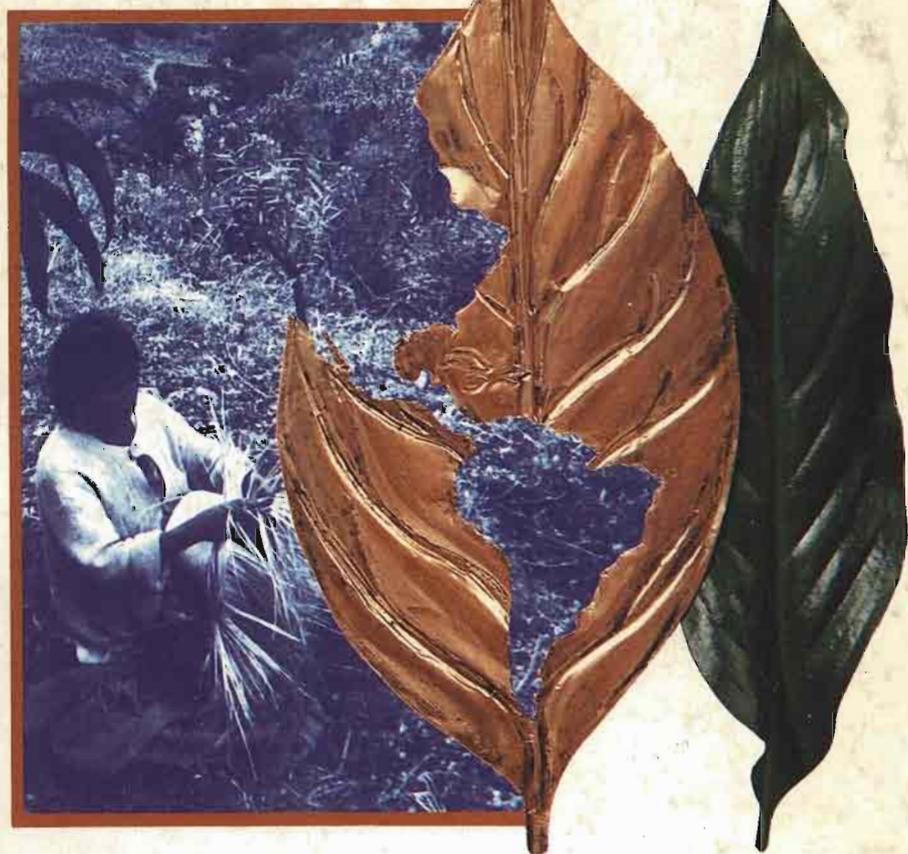
están vacías, ocupadas apenas por comercios de proximidad y algunos supermercados. Llamen la atención las "colas", en particular al comienzo de cada mes, cuando cada familia va a buscar los productos a los que les da derecho su *libreta*. En varias ocasiones, toda la alimentación de los cubanos se ha visto reducida a las cantidades inscritas en la libreta de racionamiento y a los alimentos tomados en los refectorios, lo que garantiza a cada familia una comida a bajo precio, pero no siempre lo que quiere, ni permite invitar fácilmente a cenar, ni comer en la calle. En estos últimos años la disponibilidad parece haber aumentado gracias a la apertura de los mercados paralelos y a las compras directas toleradas con los campesinos, pero también al *mercado negro* (desviación de alimentos del Estado, o provenientes de tiendas especializadas) y al *mercado gris* (intercambio entre vecinos de productos racionados, pues la ración es uniforme y no toma en cuenta los gustos individuales). Sin embargo, un examen atento de las estadísticas oficiales del comercio interior muestra que el aumento de la oferta, en particular de productos primarios, frutas, yogures y quesos ha aprovechado más a los sistemas de la *alimentación pública* (que también comprenden el sector turístico, que paga en dólares) que a la alimentación privada. Volverán las penurias, por consecuencia de la disminución reciente de las importaciones que llegaban de los antiguos países del CAEM, regidas por la *división socialista del trabajo*. Así, los excedentes de petróleo llevados por la URSS, que permitieron a Cuba procurarse divisas, desaparecieron en 1990 (el consumo de energía interior ya no está asegurado), y numerosos productos deberán ser pagados en divisas.

CONCLUSIÓN

La *seguridad alimentaria* de esas islas-naciones, en particular en el nivel de los complejos metropolitanos en que se ha vuelto políticamente indispensable cubrir las necesidades esenciales de capas sociales numerosas y

abasto en las ciudades, fueron profundamente desestabilizadas por falta de suministros (abonos y alimentos compuestos para el ganado). Estas recientes limitaciones son tanto más difíciles de superar cuanto que el modelo de desarrollo agrícola seguido desde hace decenios se basaba en la busca sistemática de economías de escala, así como en un fuerte consumo de insumos de origen industrial y de energías concentradas. El proceso de recomposición hoy en curso pasa, de inmediato, por un racionamiento extremadamente estricto (sobre todo en lo que toca a los productos animales), un encuadramiento más cerrado del abastecimiento (suspensión del mercado paralelo de productos alimentarios) y el sacrificio de canastas enteras de la agricultura cubana (cría porcina y, en menor medida, bovina), en favor de ramas consideradas prioritarias (tubérculos, legumbres). El "periodo especial" instaurado para responder al desafío planteado por el doble bloqueo, debe conducir a un reacomodo de la agricultura cubana y de sus sistemas de aprovisionamiento. Este reacomodo impone la difusión de modelos mejor adaptados a las limitaciones que pesan sobre la economía cubana, así como la adopción de nuevos cuadros organizacionales (mayor descentralización, unidades de producción de tamaño más reducido y mejor integradas). Hoy, nada parece permitirnos pronosticar el resultado del proceso. [TL.]

diversas, se ha vuelto cuestión estratégica. La posición de los países estudiados es particularmente delicada porque conjuntan los inconvenientes de sus pequeñas dimensiones y el riesgo de intervenciones externas. Los Estados Unidos lo han demostrado de sobra, manteniendo el bloqueo a Cuba, que ha obligado al régimen castrista a depender de la lejana ayuda soviética, o interviniendo en la República Dominicana. La prosecución de la urbanización ya no puede considerarse sin referencia a los países de la región.



Agriculturas y campesinados de América Latina

Mutaciones y recomposiciones

Thierry Linck

(compilador)



Fondo de Cultura Económica/Economía Latinoamericana

ORSTOM

Institut Français de Recherche Scientifique
pour le Développement en Coopération

AGRICULTURAS Y CAMPESINADOS DE AMÉRICA LATINA

Mutaciones y recomposiciones

THIERRY LINCK
(compilador)



ORSTOM



INSTITUT FRANÇAIS DE RECHERCHE SCIENTIFIQUE
POUR LE DÉVELOPPEMENT EN COOPÉRATION

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en francés, 1993
Primera edición en español, 1994

Título original:

Agricultures et paysanneries en Amérique Latine. Mutations et recompositions

© 1993, ORSTOM, Institut Français de Recherche Scientifique pour le Développement en
Coopération, Paris

ISBN 2-7099-1152-3

D. R. © 1994, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-4276-7

Impreso en México